

Cristo. Todo fue infructuoso. El san Jerónimo tomó la decisión de la última y posible solución.

—Mira, hijo mío, ya sabes que hemos de encontrar a alguien que ocupe el lugar del Cristo gótico. Todas las precauciones son pocas para no levantar sospechas. Hemos pensado que tú ocupes su lugar, pues a ti te iría pintado el lema que ha quedado sobre el papel, en caso que afirmes ser quien eres, «Hic homo iacet», que quiere decir: «Aquí el hombre yace». Y cuando llegue el momento recuperarás por una noche la vida, cada año.

—Tú estás loco! ¡Cómo voy a aceptar yo eso! ¡Esto es una locura!

—Nosotros no te vamos a obligar a nada. Pero no tienes escapatoria posible. A algunos de nosotros nos ha pasado algo parecido. Esconderemos el cadáver del Cristo en un lugar en que nadie podrá encontrarlo. Será algo así como si lo volatizáramos.

—¡Me niego!

—Grita mientras puedas. Ya verás. Aceptarás como todos.

Llegó el día y las cosas iban amaneciendo. El sacristán de Santa María fue renqueante hacia el bar en que todas las mañanas se tomaba sus cafetitos y sus copitas de orujo. Luego se encaminó a la sacristía para ir preparando la misa de las ocho. Hacía un ligero vientecillo. Abrió la puerta. Entró en la sacristía y se fijó en la caja de herramientas abierta en medio de la habitación. La recogió pensando que el carpintero se la habría olvidado. No le dio más importancia. Ya vendría a por ella. Luego, sobre el viejo armario, encima del cual colgaba la gran cruz del Cristo gótico, fue extendiendo las vestiduras sacerdotales para que el párroco, al venir, se fuera revistiendo. Era su rutinaria tarea. Ni siquiera pensaba lo que hacía por sistema.

Ni el sacristán, ni el párroco, ni ningún feligrés, ni tampoco alguno de los incontables estudiosos del patrimonio artístico de Santa María observó nunca que la cara de ese Cristo gótico de la sacristía había cambiado con respecto a su imagen anterior. El Cristo auténtico había sido suplantado. Ahora el crucificado que yacía en aquella cruz era otro que encerraba el secreto en su interior de madera, que antes se supone que vivió siendo árbol. Ese secreto decía: «Hic homo iacet»: «Aquí el hombre yace».

Las imágenes esperaban otra vez la noche de su resurrección. El Cristo gótico la anhelaba en su angustia.

AGUSTIN ROMERO BARROSO

## POETICA

«A todo lo demás diles que bueno»  
(J. M. Ullán)

Sean igualmente el pino, la luz o la demencia;  
dé lo mismo una esquirla que el rastro del caballo.  
Importa el asidero, el apoyo directo,  
las manos inquietantes o el tropiezo nocturno.  
Importa que este espacio permanezca y te afiance  
y te llene la boca de cristales sonoros.

Porque —tú ya lo sabes— o te amarras bien fuerte  
o el día menos pensado la madrugada viene  
tocando la zanfona silenciosa y helada  
y te lleva con ella a donde ni las manos.

## DEL FOS

Si la vena de luz, si la secreta  
celebración del fuego y de los lagos  
hubieran persistido, ¿qué paisaje  
más leve al corazón y a las pupilas?  
¿Dónde más los cipreses que descienden  
tan dulcemente al borde de la tarde?

SANTOS DOMINGUEZ RAMOS \*

(\*) Profesor Agregado de Lengua y Literatura Españolas en el I. B. Norba Caesarina de Cáceres. Segundo premio Nacional de Poesía del M. E. C. (1983). Figura en la *Antología Jóvenes Poetas Extremeños en el Aula* (1983).